

¿Cómo Reconocer a los Falsos Profetas y Discernir la Voz de Dios? | Micaías

Cómo discernir la voz de Dios en medio de tantas voces

Vivimos en un tiempo en el que cualquiera puede publicar un video, grabar un audio o compartir una frase acompañada de una Biblia y afirmar que recibió un mensaje de Dios. Ante tantas voces que parecen espirituales, surge una pregunta fundamental: ¿cómo saber si lo que estamos escuchando viene realmente de Dios?

La dificultad para distinguir la sana doctrina de las modas espirituales no es un problema nuevo. Hace miles de años, en tiempos del rey Acab, ocurrió una situación que guarda un profundo paralelismo con nuestros días. Cuatrocientos profetas hablaban de acuerdo, prometiendo éxito y victoria, mientras un solo hombre, Micaías, se atrevía a comunicar un mensaje diferente.

La historia de Micaías, relatada en Primero de Reyes 22, muestra que la mayoría nunca ha sido el estándar de la verdad de Dios. El engaño tampoco siempre se presenta de una manera evidente. Puede aparecer acompañado de sonrisas, palabras agradables, promesas de éxito y mensajes que aseguran que todo saldrá bien. Por eso es necesario aprender a discernir.

Acab, Josafat y los cuatrocientos

profetas

Acab, rey de Israel, quería recuperar Ramot de Galaad y convenció a Josafat, rey de Judá, para que se uniera a la guerra. Antes de hacerlo, Josafat pidió consultar la palabra de Jehová.

Acab reunió entonces a cuatrocientos profetas. Todos dieron exactamente el mismo mensaje: había que subir a la batalla porque Jehová entregaría la ciudad en manos del rey. Cuatrocientas voces expresaban una absoluta unanimidad.

Sin embargo, Josafat no se dejó convencer simplemente por la cantidad de personas que estaban de acuerdo. Preguntó si todavía quedaba algún profeta del Señor a quien pudieran consultar.

Esta pregunta revela una verdad importante. Cuando todos dicen lo mismo, no necesariamente significa que todos tengan razón. La unanimidad puede producir una falsa sensación de seguridad y llevar a aceptar una afirmación sin examinarla.

Algo semejante puede suceder en el trabajo, en la familia o incluso dentro de una comunidad de fe. Una decisión puede ser aprobada por todos y, aun así, existir una profunda inquietud respecto de si es correcta. Un mensaje puede ponerse de moda, repetirse constantemente y ser citado por muchas personas, mientras alguien que examina las Escrituras descubre que algo no encaja.

Ese ejercicio de examinar lo que escuchamos forma parte del discernimiento.

La pregunta que abre la puerta al discernimiento

Josafat estaba rodeado de cuatrocientos voces proféticas y,

aun así, preguntó si existía algún profeta del Señor. Su actitud demuestra que discernir requiere estar dispuesto a detenerse y examinar aquello que parece evidente.

El discernimiento puede comenzar con una inquietud ante un mensaje que únicamente halaga, que nunca confronta y que jamás llama al arrepentimiento. En lugar de apagar esa inquietud, es necesario examinarla a la luz de la palabra de Dios.

El problema no está en desconfiar de todo, sino en aprender a probar lo que escuchamos. El apóstol Juan lo expresa claramente al exhortar a los creyentes a no creer a todo espíritu, sino a probar los espíritus para comprobar si son de Dios.

Micaías y la fidelidad a la palabra de Dios

Acab conocía a Micaías, pero no quería consultarlo porque no le agradaban sus mensajes. El rey afirmó que Micaías nunca profetizaba cosas buenas acerca de él, sino solamente cosas malas.

El problema de Acab no era que Micaías mintiera, sino que no le decía lo que quería escuchar. Esto muestra uno de los peligros del corazón humano: buscar personas que nos confirmen y evitar a quienes nos confrontan con la verdad.

Incluso el mensajero que fue a buscar a Micaías intentó convencerlo de que dijera lo mismo que los demás profetas. Todos anunciaban cosas buenas al rey y, por ello, parecía más sencillo repetir sus palabras.

Pero Micaías respondió con una declaración de fidelidad: lo que Jehová le dijera, eso hablaría.

Su respuesta muestra que la responsabilidad del verdadero mensajero no consiste en decir aquello que resulta popular,

agradable o conveniente. Consiste en permanecer fiel a lo que Dios ha revelado.

La prueba de un mensaje no está en la cantidad de personas que lo repiten, en la elocuencia con la que se presenta ni en la popularidad de quien lo comunica. El mensaje debe ser examinado a la luz de lo que Dios ya ha revelado en las Escrituras.

La sinceridad no es prueba de verdad

Micaías terminó anunciando la derrota de Israel y relató una visión del concilio celestial. En ella se describe un espíritu de mentira que estaría en boca de los profetas de Acab.

El relato se relaciona con la advertencia del Nuevo Testamento sobre quienes no recibieron el amor de la verdad y terminaron creyendo la mentira. La enseñanza presentada es que el rechazo persistente de la verdad puede llevar a una persona a quedar entregada a su propio engaño.

Una de las afirmaciones centrales de esta reflexión es que la sinceridad no constituye una prueba de verdad. Una persona puede estar completamente convencida de algo y, aun así, estar equivocada.

Por eso no basta con observar la seguridad con la que alguien habla. Tampoco basta con que cite versículos, ore públicamente o predique con pasión. El examen debe ir más profundo y considerar aquello que existe detrás de las palabras.

El precio de permanecer fiel a la verdad

Micaías pagó inmediatamente un precio por decir lo que consideraba verdadero. Sedequías lo golpeó y cuestionó que el

espíritu de Jehová hablara por medio de él. Después, el rey ordenó que Micaías fuera encarcelado y alimentado con pan y agua de aflicción.

A pesar de la presión, Micaías no cambió su mensaje. Incluso afirmó que, si Acab regresaba en paz, entonces Jehová no había hablado por medio de él.

La historia continúa con Acab intentando evitar el cumplimiento de la profecía. El rey se disfrazó para entrar en batalla sin ser reconocido como rey de Israel. Sin embargo, una flecha disparada al azar terminó alcanzándolo precisamente en una zona vulnerable de su armadura.

El relato presenta así una conclusión contundente: ningún disfraz humano puede anular el propósito de Dios. Una persona puede cambiar su apariencia, su discurso o su imagen, pero no puede esconderse de aquello que Dios ha determinado.

Para quien camina en la verdad, esta enseñanza puede producir tanto temor reverente como paz. No es necesario fingir ni buscar la aprobación de quienes viven engañados.

Cuatro filtros bíblicos para discernir

La historia de Micaías no se presenta únicamente como un acontecimiento del pasado. También funciona como una advertencia para quienes viven rodeados de promesas fáciles y mensajes espirituales de todo tipo.

El discernimiento requiere probar aquello que escuchamos. La reflexión propone cuatro filtros bíblicos para examinar los mensajes y a quienes los transmiten.

El propósito: Cristo o el ego

El primer filtro consiste en preguntar cuál es el propósito del mensaje. ¿Exalta la cruz y la santidad de Dios o halaga el ego humano?

Un mensaje falso puede concentrarse en los deseos del oyente, el éxito material, la autoestima, las ambiciones personales y la comodidad inmediata. En ese caso, Dios puede terminar siendo presentado como un medio para conseguir los fines del ser humano.

La verdadera palabra de Dios tiene como centro a Jesucristo, su señorío, su gloria y la soberanía del Padre.

Jesús enseñó que quien quiera seguirlo debe negarse a sí mismo, tomar su cruz cada día y seguirlo. Por eso, ante cualquier mensaje, es importante preguntarse si conduce a disminuir el protagonismo personal para que Cristo crezca en la vida o si hace sentir al individuo como el centro de todo.

La confrontación: arrepentimiento o comodidad

El segundo filtro consiste en observar si el mensaje llama al arrepentimiento genuino o maquilla el pecado.

Jeremías denunció a quienes trataban superficialmente las heridas del pueblo proclamando paz cuando no había paz. También señaló que el verdadero mensajero debía hacer escuchar las palabras de Dios y conducir al pueblo a apartarse de su mal camino.

Los profetas de Acab ofrecían victoria sin exigirle abandonar su maldad. El mensaje falso evita hablar del pecado, del juicio y de la santidad, porque prefiere ofrecer una tranquilidad superficial.

El mensaje que procede del Espíritu Santo confronta el pecado y conduce hacia la justicia y el arrepentimiento. Su propósito no es hundir a la persona en condenación, sino guiarla hacia una transformación sincera que produce vida.

El fruto y el carácter

El tercer filtro consiste en observar la vida que existe detrás de las palabras.

Jesús advirtió sobre los falsos profetas y enseñó que serían reconocidos por sus frutos. No indicó que debieran ser evaluados por sus dones, su elocuencia, la cantidad de personas que los siguen o las señales visibles, sino por sus frutos.

La Escritura presenta como fruto del Espíritu el amor, el gozo, la paz, la paciencia, la benignidad, la bondad, la fe, la mansedumbre y la templanza.

También son importantes la humildad, la fidelidad, la integridad en el manejo de los recursos y una vida privada que respalde aquello que se predica públicamente.

Cuando aparecen la soberbia, la manipulación emocional y la explotación de la fe para beneficio personal, es necesario prestar atención y examinar seriamente lo que está ocurriendo.

El alineamiento total con las Escrituras

El cuarto filtro es presentado como innegociable: cualquier mensaje debe estar alineado con la palabra escrita de Dios.

Ninguna profecía personal, revelación privada, sueño o experiencia espiritual puede contradecir o modificar los principios eternos revelados en las Escrituras.

Pablo advierte en Gálatas que incluso si un ángel del cielo anunciara un evangelio diferente, ese mensaje debía ser rechazado. La experiencia espiritual, por impresionante que parezca, no se convierte por sí misma en una garantía de verdad.

Los creyentes de Berea ofrecen un ejemplo de prudencia espiritual. Recibieron la palabra con solicitud, pero examinaban cada día las Escrituras para comprobar si aquello que escuchaban era así.

El discernimiento, según esta reflexión, no consiste simplemente en tener una gran capacidad intelectual. Es el resultado de una mente profundamente familiarizada con las Escrituras y de un corazón dispuesto a escuchar al Espíritu Santo.

Quien conoce profundamente la palabra de Dios puede reconocer con mayor claridad aquello que contradice su enseñanza, aunque la mentira aparezca cuidadosamente adornada.

La verdad por encima de la aceptación

La historia de Micaías deja una advertencia clara: la presión del entorno, el temor al rechazo y el deseo de aceptación no deben llevar a comprometer la verdad revelada en la palabra de Dios.

Micaías permaneció fiel aunque quedó prácticamente solo frente a cuatrocientos profetas. Su historia contrasta la fidelidad a la verdad con la búsqueda de aprobación.

El aplauso humano es pasajero, mientras que la palabra del Señor permanece para siempre. En una sociedad donde puede llegarse a llamar bueno a lo malo y malo a lo bueno, la exhortación es permanecer firmes, amar la verdad y caminar en integridad.

Discernir la voz de Dios implica, por tanto, examinar lo que escuchamos, confrontarlo con las Escrituras, observar sus frutos y considerar hacia dónde conduce.

Una oración por discernimiento

Padre celestial, venimos delante de tu presencia con un corazón humilde y agradecido por tu santa palabra. Te damos gracias por las Escrituras, que son lámpara a nuestros pies y lumbrera a nuestro camino.

En este tiempo de confusión, donde tantas voces intentan desviar nuestros pasos y atormentar nuestra conciencia, te rogamos que nos concedas un espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de tu verdad.

Danos ojos espirituales abiertos y un corazón sensible para discernir toda enseñanza engañosa, toda falsa promesa que halague la carne y todo espíritu que no confiese a Jesucristo como Señor.

Líbranos del autoengaño, de la soberbia y de la complacencia espiritual. Danos la valentía que tuvo el profeta Micaías para defender tu verdad aun cuando nos sintamos solos, para no negociar nuestros principios bíblicos ante la presión de este mundo y para hablar y vivir conforme a tu voluntad.

Guarda nuestras familias, guarda a tu pueblo y ayúdanos a perseverar fieles, con nuestras lámparas encendidas, esperando el glorioso regreso de nuestro Salvador Jesucristo. En el nombre de Jesús. Amén.